

STOLL, Mark R., *Inherit the holy mountain: religion and the rise of American environmentalism*, Oxford University Press, Nueva York, 2015, 406 pp.

En la revista *Science* de 1967, Lynn White publica un pequeño artículo titulado “The historical roots of our ecological crisis” en el que vincula cristianismo y crisis ambiental, sugiriendo que la mentalidad cristiana ha sido en gran medida la responsable de la crisis ambiental. El artículo ha tenido gran influencia posterior en la historiografía de la crisis al atribuir al cristianismo la responsabilidad por la insensibilización del ser humano en relación con la naturaleza, en contraste con el paganismo animista de las religiones precristianas, que favorecería, según White, la protección de la naturaleza al reconocer la presencia de espíritus en el mundo natural.

El libro objeto de recensión es una especie de respuesta a las tesis de Lynn White. El autor narra de forma conjunta las historias del ambientalismo y de la formación religiosa de los Estados Unidos con el objetivo de verificar en qué medida las ideas religiosas de los distintos grupos de cristianos reformados que llegaron al país desde finales del siglo XVII contribuyeron a formar la imagen de naturaleza que después motivó el nacimiento del conservacionismo.

Con la publicación de la encíclica *Laudato si'* — *Sobre el cuidado de la casa común* del Papa Francisco en mayo de 2015, la vinculación entre religión y ecología vuelve al espacio de discusión pública, siendo objeto de jornadas, críticas y comentarios desde diferentes estratos de la sociedad. El documento papal confiere visibilidad a una relación que está en la génesis del movimiento ecologista. De manera similar a la encíclica, pero obviamente con muchos más detalles, el autor sostiene que la religión cristiana, en sus diversas variantes, ha tenido históricamente un papel bastante significativo en el surgimiento de las preocupaciones actualmente denominadas medioambientales. Después de la lectura del libro, es difícil sostener la visión simplista de que el *dominium* bíblico es causa de la visión moderna de la naturaleza como un repositorio de recursos naturales completamente disponible para el uso irrestricto del hombre.

El libro está estructurado en ocho capítulos, dedicados a las corrientes del protestantismo reformado más importantes de los EE. UU. La metodología utilizada por el autor es la investigación histórica a partir de fuentes como la literatura, la poesía, y

las artes, principalmente la pintura y la fotografía. El autor busca identificar las diversas representaciones de la naturaleza que surgieron dentro de las comunidades religiosas y cómo esas representaciones contribuyeron al desarrollo del ambientalismo en su país.

La estructura general del libro es la siguiente: los tres primeros capítulos tratan de la influencia del protestantismo reformado de base calvinista, congregacionista y puritana. El capítulo cuarto está dedicado principalmente a comentar el trascendentalismo de Ralph Waldo Emerson. Los capítulos quinto y sexto, al calvinismo presbiteriano. Y los dos últimos capítulos, el séptimo y el octavo, a otras corrientes religiosas como los bautistas, los metodistas, los católicos y los judíos.

Como ya he señalado, el capítulo primero, titulado “Calvinism and Nature: environmentalism’s foundations”, está dedicado a investigar la influencia de la iglesia calvinista del siglo XVII en los estados de Massachusetts y Connecticut (Nueva Inglaterra). En esa región surge a principios del siglo XIX el primer movimiento estadounidense de representación de la naturaleza a través de la pintura —la Escuela del Río Hudson (*Hudson River School*)—. La obra de Thomas Cole (1801-1848), su fundador, es el hilo conductor de la narrativa. Stoll demuestra que su representación de la naturaleza está influida por dos puntos esenciales de la teología de Calvino: en primer lugar, la idea de que, después de la caída, la creación es el mejor medio, aparte de la escritura, para el conocimiento del mundo espiritual; y, en segundo lugar, la idea de que Dios no es estático e interviene activamente en el mundo creado.

La naturaleza, a partir de esas dos ideas, es al mismo tiempo un repositorio de belleza que permite la contemplación del creador y un espacio abierto al conocimiento. Al interpretar un cuadro de 1836 titulado *View from Mount Holyoke, Northampton, Massachusetts, after a Thunderstorm — The Oxbow*, la primera ilustración del libro, el autor ejemplifica la representación de una belleza edénica, de base calvinista, mezclada con una descripción detallista de la naturaleza que tiene en cuenta el desarrollo de las ciencias naturales del período.

El protestantismo estadounidense fue fuertemente influenciado por protestantes ingleses y alemanes. Por ejemplo, en el ámbito de la literatura, por John Milton (Reino Unido, 1608-1674), que describió un edén calvinista en su obra *El Paraíso perdido* (1667), y por John Bunyan (Reino Unido, 1628-1688), autor *The pilgrim’s progress from this World to that which is to Come* (1678); y, en las ciencias naturales, por Alexander von

Humboldt (Alemania, 1769-1859), autor de *Kosmos* (1845-1862), donde sugería una idea importante para la ecología, la de la unidad en la diversidad del mundo natural. La imagen del edén de las dos primeras obras como paraíso terrenal se une al trabajo de investigación descriptiva del mundo natural de *Kosmos* para crear el *éthos* que motivó la representación de la naturaleza del período.

En el capítulo segundo, titulado “Origins of Conservation in the Puritan Landscape”, el autor sigue investigando la influencia calvinista. Una de las primeras observaciones importantes es que el movimiento conservacionista de EE. UU. está basado en las ideas protestantes de mejoramiento (*improvement*) y administración (*stewardship*). La visión del hombre como administrador y no como dueño de la creación conlleva la noción de responsabilidad, la cual motivó el desarrollo posterior del concepto de conservación. Las dos ideas se basan, respectivamente, en la interpretación de Mateo 25, 14-30 (parábola de los talentos) y Lucas 16, 1-13 (parábola del administrador infiel).

Stoll demuestra que la combinación de esas dos ideas guió la formación de las ciudades de valle del Connecticut y provocó tres preocupaciones distintas relativas: al desarrollo de la agricultura, la conservación de los recursos naturales y, por último, la creación de los parques públicos. El deber de mejoramiento de lo que fue creado se reflejaría en la preocupación por las técnicas agrícolas; la conservación de los espacios naturales sería el resultado de un buen ejercicio del deber de administración (*stewardship*); y, por último, la creación de los espacios públicos de los parques permitiría la contemplación de la naturaleza como ejercicio espiritual.

En el capítulo tercero, “Building the Moral Society: Farms, Forests, and Parks”, el autor analiza la influencia de las ideas calvinistas en la formación de las ciudades de Nueva Inglaterra y cómo después ese modelo es tomado como base para las políticas conservacionistas de ámbito nacional. Los congregacionistas del valle del Connecticut tenían como proyecto la fundación de una comunidad que fuera un reflejo de los valores cristianos proyectados sobre la ordenación social y física de las ciudades, así como sobre la agricultura y los espacios naturales.

La relación entre la representación de la naturaleza de base calvinista y la actividad política en favor del conservacionismo es evidente en Frederic Edwin Church (Hartford, 1826-1900), alumno de Cole, que sigue la tradición paisajística de la escuela del Río Hudson. Church pinta *Niagara* en 1857 y, a raíz de ello, se involucra en la creación del

Parque Natural de las Cascadas del Niágara en 1869 junto con Frederick Law Olmsted, uno de los responsables de la movilización que llevó a la fundación del Parque Nacional de Yosemite.

En el campo de la agricultura, el autor cita el primer libro sobre el tema en EE. UU., del ministro congregacionista Jared Eliot, también de Connecticut, titulado *Essays upon Field-Husbandry in New England*, de 1760. También en la visión de la agricultura de esos primeros autores estaba presente la influencia calvinista del *stewardship*. El autor cita, por ejemplo, a Jesse Buel (Vermont, 1778-1839), que consideraba en su *The Farmer's Companion or, Essays on the Principles and Practice of American Husbandry* el suelo como un regalo de Dios que debía ser cuidado para la posteridad.

Sin embargo, es en la obra *Man and Nature* (1864), de George Perkins Marsh (1801-1882), donde las interacciones entre calvinismo y conservacionismo alcanzan su punto culminante. Marsh, uno de los padres del conservacionismo en EE. UU., también del valle del Connecticut, utiliza, como instrumentos del discurso de conservación, las ideas religiosas del Edén, la preocupación por las generaciones futuras y la visión de la naturaleza como madre. Gifford Pinchot (1865-1946), también de Connecticut y de origen puritano, influenciado por Marsh, funda el Servicio Forestal en el Departamento de Agricultura en 1905. Su interés por temas ambientales y religiosos se ve reflejado en su actividad como escritor, con libros sobre conservación como *The fight for Conservation* (1910) y sobre historia de la iglesia protestante en los EE.UU. como *The Country Church: The decline of its influence and the Remedy* (1913).

Además de la conservación a través de los parques naturales y del mejoramiento de la actividad agrícola, otra preocupación presente en la época fue la construcción de parques dentro de las ciudades. Frederick Law Olmsted, arquitecto de Hartford (valle del Connecticut), es uno de los responsables de proyectar el Central Park en Nueva York, aprobado en 1853. El autor destaca que lo diseñó con un objetivo religioso: permitir a las personas de la ciudad sin posibilidad de desplazarse hasta el campo contemplar la creación de Dios.

Al final del capítulo, Stoll analiza las diferentes consecuencias del trascendentalismo de Emerson y del calvinismo congregacionista. Mientras que Emerson y sus seguidores estaban más preocupados por una ética individual, los autores del valle del Connecticut se ocuparon de cuestiones prácticas como la creación de parques

(Yosemite, 1864; Yellowstone, 1872), reservas forestales o el desarrollo de la agricultura. Según el autor, aunque se puede atribuir el ideal americano de paisaje a la visión de Emerson, sus instituciones de conservación, parques y bosques públicos son congregacionalistas.

El capítulo cuarto del libro, "Nature, Parks and Emersonian Modernism", está dedicado a investigar el ambientalismo en el siglo XX y empieza analizando el papel de la obra de Ralph Waldo Emerson en ese período. Su influencia es tan significativa que oculta en cierta medida el papel pionero del protestantismo reformado en la vinculación de naturaleza y espiritualidad.

Stoll atribuye ese olvido al declive de la fuerza de la teología puritana como modo de explicación legítimo del mundo. El pensamiento de Emerson ofrecía una guía espiritual y moral sin los compromisos con el *dogmatismo bíblico* o con la teología calvinista, más compatible con el sentimiento moderno. La imagen emersoniana del buscador individual en la naturaleza tuvo una amplia aceptación durante todo el siglo XX como símbolo de espiritualidad no dogmática, compatible con el desapego hacia las estructuras religiosas institucionalizadas. La naturaleza pasa a ser la única fuente de espiritualidad, no como en el pensamiento de Calvino, donde ocupa un segundo lugar después de la Biblia. Así pues, el ideal de vida comunitaria congregacionalista quedó superado por la prioridad otorgada al individuo.

También partiendo del arte como expresión de la visión cultural de la época, el autor elige el trabajo del fotógrafo Ansel Adams (1902-1984) como expresión del ambiente espiritual irreligioso que domina la representación moderna de la naturaleza. Según el autor, en *Clearing Winter Storm Yosemite National Park* (1940) la naturaleza todavía goza de un aspecto sagrado, pero no el de mediadora con el dios cristiano. El propio Adams consideraba Yosemite un templo nacional, pero un templo sin dios.

Como reconoce el autor, la descripción de la naturaleza como creación de Dios y como mejor lugar para la contemplación, la inferioridad de la creación humana en comparación con la belleza sublime de la naturaleza y el deber del artista de ser instrumento de propósitos religiosos y morales son ideas del protestantismo reformado, si bien Adams y los que le siguieron las consideraban como creación de Emerson. Recuerda Stoll que la influencia protestante (Emerson fue ordenado ministro de la

Iglesia Unitaria de Boston) en su pensamiento permanece incluso tras su ruptura con la fe cristiana.

De los artistas de principios del modernismo estadounidense interesados en pintar paisajes y que fueron influidos por el trascendentalismo de Emerson, el autor destaca: Arthur Dove (Nueva York, 1880-1946), Georgia O'Keeffe (Wisconsin, 1887-1986) y Marsden Hartley (Maine, 1877-1943). La naturaleza es vista como expresión del espíritu. El realismo de la Escuela del Río Hudson es sustituido por el arte abstracto, considerado la mejor forma de expresar lo sublime. En la arquitectura, Frank Lloyd Wright (Wisconsin, 1867-1959) concibe la construcción como algo que debe seguir la naturaleza, con un proceso de continuidad orgánica y no de ruptura. Robert C. Reamer (1873-1938) y Bernard Maybeck (1862-1957), dos arquitectos influidos por Wright, contribuyeron a la creación de parques nacionales. Maybeck fue conocido por el diseño de la First Church of Christ, Scientist, en Berkeley, y por sus construcciones dentro del Parque Nacional de Yosemite, siempre utilizando una concepción de arquitectura orgánica.

La conclusión del capítulo es que la idea de una naturaleza inhabitada, espiritualizada, como la descrita en *Nature* influyó en el naciente servicio nacional de parques. El diseño del parque natural estaba pensado para mantener esa ilusión ideal de una naturaleza libre de la presencia humana.

En el capítulo quinto, “(Progressive Presbyterian Conservation), el autor sigue con la narrativa de la historia del ambientalismo a través del arte, ahora dedicándose a investigar la influencia de las corrientes presbiterianas, que sustituyeron a los congregacionalistas en el liderazgo del movimiento conservacionista hacia mediados del siglo XX.

La primera figura importante, John Muir (1838-1914), el padre reconocido del conservacionismo, fue criado como presbiteriano y, aunque después rechazó la ortodoxia, escribía, según Stoll, como un predicador utilizando vocabulario religioso en su defensa de los espacios naturales. El título de su primer artículo refleja su origen cristiano, “God’s First Temples: How Shall we Preserve our Forests?”, y es símbolo de la relación entre religión y conservacionismo. Muir participó directa e indirectamente en la fundación de los primeros tres parques nacionales de EE. UU.: Yellowstone, Sequoia National Park y Yosemite. Además, fundó, junto con otros dos integrantes de la iglesia

congregacional —William Colby y Joseph LeConte—, el Sierra Club. Los presbiterianos tuvieron un papel político (incluso desde la Casa Blanca) más fuerte que los congregacionalistas, pues lograron convertir la causa de la conservación en un movimiento nacional, con la creación de leyes y parques nacionales.

En esa época el autor destaca el papel de Theodore Roosevelt (1858-1919) como el más importante conservacionista que haya ocupado la presidencia de EE. UU., quien, por haber sido educado por madre presbiteriana y por padre protestante alemán, veía la conservación como una cuestión moral, por lo que promovió la creación de parques nacionales, refugios de aves y el servicio nacional de bosques en el año 1905.

Con un papel político importante por la posición que ocupaba, el autor cita a William O. Douglas (1898-1980), juez presbiteriano de la Corte Suprema nombrado por el presidente Franklin Roosevelt. El juez escribió libros sobre el mundo natural en los que vinculaba naturaleza y religión —entre otros, *Of Men and Mountains* (1950), *Muir of The Mountains* (1961) o *A Wilderness Bill of Rights* (1965)—, fue uno de los directivos del Sierra Club y tuvo una actuación destacada como juez en demandas medioambientales.

El capítulo sexto, “Presbyterians and the Environmental Movement”, sigue con la investigación sobre la influencia presbiteriana en diversos aspectos de la sociedad relacionados con el medio ambiente: (a) en el ámbito de la arquitectura del paisaje, son citados Ian McHarg (1920-2001) y John O. Simonds (1913-2005); (b) en el de la filosofía del medio ambiente, a Holmes Rolston III (1932), que desarrolla una ética del valor intrínseco de la naturaleza; (c) en el del activismo ambiental, a David Brower (1912-2000), directivo del Sierra Club y fundador de Amigos de la Tierra; y (d) en el de la poesía sobre el mundo natural, a Robinson Jeffers (1887-1962), como expresión de la negatividad de posguerra, cuyos poemas fueron utilizados para campañas del Sierra Club.

El autor destaca además el papel de tres mujeres en la ampliación del movimiento ambientalista: Alice Hamilton (1869-1970), Rachel Carson (1907-1964) y Jane Butzner (1916-2006). Las tres son las primeras que denunciaron problemas relacionados con la contaminación y que trataron de ecología urbana al investigar los efectos en la salud del deterioro ambiental. Las tres, según el autor, mantuvieron una percepción de la

naturaleza como espacio sagrado, incluso después de apartarse de sus orígenes presbiterianos.

El autor concluye el capítulo con la constatación de que los presbiterianos expandieron el movimiento de conservación nacido en el valle del Connecticut nacionalizándolo, y que las mujeres lo ampliaron para incluir cuestiones de ecología humana como un problema medioambiental.

En los dos últimos capítulos del libro, titulados respectivamente “Nature and New England’s Outsiders” y “A New Era”, el autor deja Nueva Inglaterra para tratar sobre corrientes cristianas más fuertes en otros lugares de EE. UU. como los bautistas, los episcopalianos y los católicos, si bien también habla sobre los judíos. El ambientalismo que nace de los bautistas refleja su énfasis en la interiorización de la vida espiritual, así como el rechazo al misticismo en la naturaleza. La conversión como un proceso individual es el punto de partida de la reforma social, que tiene carácter secundario. La naturaleza no es un lugar de contemplación ni de experiencia mística, sino un espacio de convivencia. Expresiones de esa mentalidad pueden identificarse en los trabajos de Scott y Helen Nearing, que publicaron en 1954 *Living the Good Life: How to Live Simply and Sanely in a Troubled World*, un manual práctico sobre cómo vivir en el campo, un *do it yourself* que desacredita reformas que provienen desde el Estado.

Esa mentalidad bautista conservadora provocó, según Stoll, reacciones contrarias a la expansión del ambientalismo como, por ejemplo, la resolución de la Convención Bautista del Sur (*South Baptist Convention*) titulada “Resolution on Environmentalism and Evangelicals”, en la cual el movimiento es considerado un nuevo tipo de paganismo incompatible con el cristianismo.

Sin embargo, la iglesia bautista negra, principalmente del sur de EE. UU., plantea unos postulados ambientales completamente distintos de los anteriores. Los bautistas negros, al asociar problemas sociales, raciales y medioambientales, fueron pioneros del movimiento por la justicia ambiental. La iglesia asume un papel fundamental en ese proceso porque es el espacio que permite la afirmación de la identidad y el ejercicio de la voluntad colectiva de esas comunidades, por lo general oprimidas en la sociedad segregacionista americana de mediados del siglo XX. Stoll percibe que el movimiento negro religioso en EE. UU. adopta como metáfora el episodio de Moisés en el desierto y no, como los blancos del inicio del conservacionismo, el de Adán en el Paraíso. En el

ámbito del arte, el historiador cita la obra de Leo Twiggs (1934) como expresión artística simbólica de lo que será la justicia ambiental, vinculando problemas ambientales, raciales y sociales.

Como ejemplo concreto de la actividad de la iglesia protestante negra, Stoll menciona la movilización de 1982 contra el depósito de residuos tóxicos de Warren County, en Carolina del Norte, organizada por Joseph Lowery (metodista), Walter Fautroy (bautista) y Benjamin Chavis (congregacionalista de la United Church of Christ). En 1991, esta última iglesia fue el local de fundación del movimiento estadounidense por la justicia ambiental con el 1st People of Color Environmental Summit.

Es bastante significativo que uno de los primeros documentos a denunciar casos de justicia ambiental haya sido un informe producido dentro de una iglesia protestante. En *“TOXIC WASTES AND RACE: In The United States. A National Report on the Racial and Socio-Economic Characteristics of Communities with Hazardous Waste Sites,”* de 1987, Benjamin Chavis utiliza por la primera vez la expresión “racismo ambiental” (*environmental racism*).

Los católicos también contribuyeron al nacimiento del movimiento por la justicia ambiental. Recuerda Stoll que una de las principales activistas del caso Love Canal en 1978 en Nueva York —contra el desecho de residuos tóxicos en el área urbana— fue una católica llamada Lois Gibbs, que fundó en 1981 una de las primeras ONG dedicadas a la justicia ambiental: Citizens Clearinghouse for Hazardous Waste.

El autor concluye el libro con una visión pesimista en relación con el ambientalismo como movimiento político. Dada la desmembración del tejido social provocada por el individualismo y el consumismo como valores sociales predominantes, afirma que la cuestión ambiental, pese a haber ganado en cuanto a atención pública, ha perdido efectividad y capacidad de influir en las decisiones políticas. Stoll considera que la pérdida de espacio de las corrientes tradicionales del protestantismo reformado como calvinistas, congregacionalistas y presbiterianos, cuya idea del mundo natural ha producido históricamente nombres influyentes para el ambientalismo en EE. UU., y la ascensión de corrientes protestantes pentecostales, bautistas y carismáticas, representantes de una teología que prioriza la experiencia individual frente a la experiencia religiosa comunitaria, dificultan el surgimiento de nombres importantes para el ambientalismo desde el ámbito protestante.

El libro comentado, como se puede ver brevemente por la reseña, está repleto de informaciones importantes para reflexionar sobre la crisis ambiental. La percepción de la crisis como una crisis de sentido o de valores, en otras palabras, del modelo de civilización, hace necesaria la búsqueda de soluciones amplias, y no solo tecnológicas, capaces de generar modelos políticos que tengan en cuenta la finitud del planeta y la necesidad de convivencia de diversos colectivos, no solamente humanos. Un camino posible en esa búsqueda es la mirada hacia otras culturas, hacia los pueblos originarios de diversas partes del mundo, que todavía mantienen patrones de convivencia con el entorno menos agresivos. Otro camino, menos explorado, es mirar hacia la propia tradición cultural cristiana a fin de constatar que esa tradición también puede ser fuente fecunda de elementos para repensar la relación hombre-naturaleza. Un primer paso en esa dirección es desmitificar la asociación negativa entre cristianismo y exploración de la naturaleza, tarea en la que libros como el presente son fundamentales.

Jerônimo Basilio São Mateus

Becario predoctoral

Centre d'Estudis de Dret Ambiental de Tarragona (CEDAT)

Universitat Rovira i Virgili

(jeronimo.basilio@urv.cat)